

Ambientalismo de mujeres rurales

Lorena Paz Paredes

¿Se ven campesinas en los movimientos ambientales de nuestro país? ¿Ellas son parte de las organizaciones en defensa del territorio? Seguramente sí pero su presencia y sus demandas están desdibujadas, poco documentadas y no es visible su liderazgo. En redes como la Asamblea de Afectados Ambientales, o en luchas contra las grandes presas, La Parota en Guerrero, Arcediano Zapotillo en Jalisco, Paso de la reina en Oaxaca, y en muchas más, no se oye la voz de las mujeres, aunque estén ahí, participen, se hagan cargo de la logística, o se queden en el trajín doméstico mientras los varones se ocupan de la lucha social.

Hay colectivos femeninos de vieja historia empeñados en remontar las desigualdades que padecen las mujeres del campo en el uso y manejo de recursos naturales, que sí se conocen y han sido estudiados. Destacan, por ejemplo, los de Cuetzalan en la sierra norte de Puebla, mujeres de la Cooperativa *Tosepan Titataniske*, con proyectos productivos, de artesanía, de salud, haciendo funcionar la ‘vivienda sustentable’ con traspatios productivos, composta orgánica, captación de agua de lluvia, reciclado de desechos, apicultura de abejas meliponas; o la *SSS Masehualsihuamej Moseyolchichahuanij* de artesanas que además tienen un hotel ecológico; las alfareras veracruzanas de Amatenango del Valle; los comités de agua en Chiapas, las cafetaleras de la Cesmach en la fraileasca chiapaneca o las de CEPCO en Oaxaca, que en todos sus emprendimientos promueven un buen manejo ambiental.

Pero a principios del nuevo milenio florecieron dos colectivos tan ejemplares como ‘atípicos’: el de las indígenas mazahuas y el de las campesinas ecologistas de Petatlán, Guerrero, que a diferencia de otros grupos que adoptan ecotecnias y mejoran sus entornos ambientales pero son más introvertidos, éstos alcanzaron visibilidad pública y reconocimiento social e institucional. El más famoso por la resonancia en los medios de comunicación y en la opinión pública nacional fue el liderazgo por las mazahuas que estalló en el 2003 en los municipios de Villa de Allende y Villa Victoria en el noreste del estado de México y parte del oriente michoacano, a raíz de la inundación de 300 hectáreas por el desfogue de una presa. Mujeres de ocho comunidades encabezaron esta lucha conformando

El Frente en defensa de los derechos humanos y los recursos naturales del pueblo mazahua, y El Ejército Zapatista de Mujeres Mazahuas en defensa del agua integrado por 300 indígenas. Los pueblos morían de sed mientras el Sistema Cutzamala trasvasaba el agua de su territorio hacia la capital del país ¿Cómo no recordar las marchas y los plantones de las mazahuas en el Zócalo de la ciudad de México con sus hijos a la espalda y enarbolando fusiles de madera?

En 2002, en la remontada sierra petatleca, un grupo de campesinas le dio vida a la Organización de Mujeres Ecologistas de la Sierra de Petatlán (OMESP) que durante casi una década trabajó por mejorar la vida de mujeres y comunidades serranas. Defender el bosque fue una herencia de la Organización de Campesinos Ecologistas de la Sierra de Petatlán y Coyuca de Catalan (OCESP) que en 1998 expulsó a la transnacional maderera Boise Cascade, aunque sus líderes acabaron encarcelados, perseguidos y asesinados. Pese a la violencia, las ecologistas, mujeres al fin, al amparo de su invisibilidad, pudieron hacer y deshacer sin parecer amenazantes o peligrosas. Cuando ganaron cierto prestigio, su condición de género siguió protegiéndolas, ya no eran ‘las invisibles’ sino ‘las locas’ ‘las inofensivas mujeres’. Así, reforestaron, hicieron viverismo familiar, limpiaron calles, cañadas y fuentes de agua, reciclaron basura, usaron abonos orgánicos, rescataron y sembraron semillas nativas, se capacitaron y enseñaron a los campesinos la hechura de retenciones de agua y suelo, vedaron la cacería de ciertas especies animales, vigilaron y lograron acabar con los incendios forestales, promovieron actividades de traspatio para el autoabasto, atrajeron recursos y programas públicos a su región, fueron educadoras ambientales y cambiaron con el ejemplo malas prácticas campesinas y algo bueno hicieron por el deteriorado ecosistema. En el camino de organizarse también torcieron usos y costumbres discriminantes hacia las mujeres, ganaron cierta autonomía y autoestima, y algunas mejoraron sus relaciones con hijos y parejas.

Las pioneras empezaron por la alimentación familiar, dándose semillas, consejos y ánimos. Este fue el espíritu de su ambientalismo. Cuando mejoraron su producción de traspatio como una tarea libremente elegida, cuando la preocupación de alimentar se compartió, se rompió la angustia solitaria. Fue una mudanza que no las liberó de la pobreza ni de responsabilidad cotidiana de conseguir comida, pero así dieron el salto del ‘yo’ al

‘nosotras’, y lograron verse a sí mismas como las eternas trabajadoras invisibles en la familia y la sociedad, y soñaron otro horizonte para sus hijas.

Desde el principio su ecologismo estuvo ligado a la comida y al cuidado: importaba la seguridad, la calidad y cantidad de alimentos para la familia, la facilidad en la recolección de hierbas medicinales y buena leña, el intercambio solidario de semillas y bienes. Por eso la cocina y la mesa devinieron espacios vitales y no la parcela grande y el mercado, universo principalmente masculino.

Ellas se volcaron hacia la casa espaciosa que es la naturaleza, desde su propia casa. Abrieron la ventana y vieron el bosque donde hay agua para beber, bañarse, regar y vivir; leña, remedios, perfumes; una extensión de la vivienda, la botica, la tienda, el refugio, pero también el lugar abierto de los afectos. La manera en que cuidaron este espacio, semejaba el modo entrañable en que atendían a los cercanos. Todo cargado del valor simbólico del cuidado en un sentido ancho y como un esfuerzo del mujerío, una lección vital que feminizó la vida serrana por un rato.

El ambientalismo de la OMESP tiene un sello femenino no sólo porque las protagonistas fueron mujeres, sino debido a su profundo vínculo con lo doméstico, el bienestar y cuidado de los otros y del mundo no humano. Sembrar, cocinar, cuidar, además de atender con la familia la milpa, siendo un rasgo de la desigualdad de género por ser tareas obligadas para la mujer, en la experiencia de la OMESP se torna una ética cuando se potencian en colectivo y se traducen en acciones ambientales y sociales que comparten campesinos e instituciones, haciendo visible y valioso el trabajo de las mujeres.

Un ambientalismo de campesinas que enriquece a la ecología y a los movimientos en defensa del territorio y los ‘recursos naturales’, porque aporta otra mirada, y a la vez hace más abarcante la ética del cuidado como la relación privilegiada entre los seres humanos y con la naturaleza.